

tar es un *ex-voto* de la ciudad de Roma, súbitamente librada de la peste en 629; á la izquierda de la entrada, una pintura contemporánea representa al natural los espantosos pormenores de la epidemia. Cerca de todos esos monumentos antiguos, los tiempos modernos han colocado sus obras maestras. En primer rango brilla el mausoleo en mármol del papa Julio II, uno de los más célebres de Italia; y el incomparable Moisés de Miguel Angel, forma su más bello adorno. El legislador hebreo está sentado con las tablas de la ley en el brazo derecho y en actitud de hablar (*nell' alto di parlare*) al pueblo á quien está viendo seriamente y de quien parece quejarse. El artista no necesita de otro modelo para estudiar las proporciones y las posturas del cuerpo humano; el médico mismo puede, en presencia de aquella estatua, hacer un curso de anatomía; no hay un solo músculo, ni una fibra saliente, que no encuentre, y cuya dirección y forma puede seguir sin trabajo. Esta obra maestra es de mármol blanco y de una estatura colosal. En cuanto á la inspiración, es de lamentarse que Miguel Angel la haya buscado en el Olimpo y en la historia profana, más bien que en la Biblia. En efecto, Moisés tiene la cabeza de un César y la barba de un Neptuno. Como quiera que sea, confieso que jamás estatua alguna me había admirado de una manera tan viva. Cuando me iba alejando de ella, me parecía todavía que Moisés me perseguía con su mirada. Por esto todos los *cicerone* repiten que Miguel Angel, contemplando su obra después de acabada, le descargó un martillazo en la rodilla, exclamando: *¡Anda, puesto que vives!*

El mármol no contestó al artista. Es más feliz el artista cristiano á quien es dado oír en aquella iglesia, voces amigas, cuyos acentos resuenan poderosamente en su corazón. Catolicidad de la fe, amor eyan-

gético á la virtud, valor heroico, caridad divina más fuerte que la muerte, hé aquí lo que le repiten la madre de los Macabeos con sus siete hijos, cristianos antes de Jesucristo, cuyos gloriosos huesos, descansan bajo el altar; el pontífice mártir San Saturnino, y las ilustres vírgenes, Bárbara, Constancia, Emerenciana, Inés, Prisca, Margarita, Juliana; y los veteranos del ejército cristiano, Hipólito, Nabor, Paulo, cuyas reliquias enriquecen las diferentes partes de aquel venerable santuario. Y oye también la voz de San Leon el Grande, porque es donde el elocuente pontífice, el vencedor de Atila y el salvador de Roma, predicó su primer sermón sobre los Macabeos. A todas estas voces, se mezcla como un acompañamiento, el ruido de las cadenas apostólicas, gloriosamente llevadas por Pedro y Pablo y regadas con las lágrimas de tantos millones de peregrinos. Nosotros también ardíamos en deseos de verlas y besarlas; pero la triple cerradura que las protege en su caja de bronce, no se abre nunca sin permiso del Santo Padre, y nosotros no le teníamos.

Si al salir de San Pedro se toma á la derecha una pequeña calle tortuosa, se llega en pocos momentos á *San Martin de los Montes*. Esta iglesia pertenece á los carmelitas. La exquisita limpieza y el buen gusto que reinan en todas sus partes, la riqueza de sus dorados, la belleza de sus pavimentos de mármol, la elegancia de sus columnas en número de veinticuatro, todas antiguas, de diferentes mármoles y de orden corintio; pero sobre todo los frescos de los costados, obra inmortal de Poussino, la colocan en el primer rango de las iglesias de Roma. Mas todo este brillante espectáculo, no fija largo tiempo la atención del peregrino católico. Abajo de aquella iglesia resplandeciente de oro y mármol, hay otra adornada con solo las arrugas de la vejez y la modesta compostura

de la pobreza primitiva; y esa iglesia atrae el corazón. El cristianismo que en los tiempos de la persecución se refugiaba por todas partes, en los subterráneos, en las cuevas, en las ruinas, vino un día á ocultarse en los baños medio destruidos, de Tito. El papa San Silvestre celebró en este templo, de un nuevo género, dos concilios famosos; el primero, el año 324, en presencia de Constantino, de Santa Elena su madre y de Calpurnio Pison, prefecto de Roma; contáronse en dicho concilio ochenta y cuatro obispos. El segundo, compuesto de doscientos veinticinco padres, tuvo lugar el año siguiente en el mismo lugar.

Allí se confirmó, con la autoridad de la sede apostólica, el concilio general de Nicea; allí fueron condenados irrevocablemente Arrio, Sabelio y Victorino; allí fueron quemados sus detestables escritos 1.

A estos preciosos recuerdos, reúne la iglesia subterránea, monumentos de gran interés: ¿veis aquel mosaico muy antiguo? Es obra de los primeros siglos y representa á la Eva misteriosa á quien el mismo Dios prometió la victoria sobre el dragón, es decir, como lo entienden los santos padres, el triunfo del Evangelio, la destrucción de los tiranos, la ruina de las herejías, la paz del mundo á la sombra de la cruz 2. A los pies de María, está el papa San Silvestre. Como testigo feliz del buen éxito de la gran lucha, se apresuró á rendir homenaje á la Virgen victoriosa, dándole un título que desde hace quince siglos, repiten todas las generaciones católicas con la efusión de su agradecido amor: *Gaudium Christianorum*, «alegría de los cristianos.» ¡Hombres infortunados, que no teneis hacia nuestros ritos y oraciones el respeto religioso mandado por la fe, enseñaos al menos á conservarles la veneración

1 Mazzolari, *Basílica sacra*, t. VI

2 Per te toto terrarum orbe constructæ sunt ecclesiæ. S. Cyril Alexand.

humana que os inspiran los monumentos de la antigüedad! ¿Sabeis vosotros acaso que esta sencilla palabra demuestra uno de los hechos más grandes de la historia?

En medio de otras pinturas de fecha muy remota, se encuentra el respaldo de piedra del trono pontifical de San Silvestre. Su forma y sus dimensiones, descubren su edad y no dejan duda en el espíritu del arqueólogo ejercitado. Una pequeña caja cuidadosamente guardada, encierra la mitra, el manípulo, la estola y una sandalia del mismo pontífice. Para formar de aquel venerable subterráneo una página completa de nuestra historia, era necesario que el santo papa recibiese los honores de la religión, en el mismo lugar en que había librado por ella tan gloriosos combates; y esta condición se cumplió. San Silvestre descansa aquí, rodeado de un numeroso cortejo de mártires, cuya sangre defendió la fe que el pontífice afirmó con sus oráculos. La tabla de Sergio II, fija en la pared, dice: «En tiempo del papa Sergio el joven, fueron colocados en este altar, los cuerpos del B. Silvestre papa, y de los B. B. Fabian y Sotero, papas y mártires; de los santos mártires, Antonio, Sistano, Polion, Teodoro, Nicandro, Crescenciano; de las B. B. vírgenes mártires, Sotera, Paulina, Memmia, Juliana, Cirila, Teopista, Sofia, y muchos otros, cuyos nombres son conocidos por solo Dios.» Todos estos sagrados cuerpos fueron traídos de la catacumba de Santa Priscila, cerca de la vía *Salaria*.

Después de haber dado mil acciones de gracias á aquellos fundadores de la fe y de la libertad del mundo, fuimos á venerar uno de los instrumentos de sus suplicios. Al avatzar por la iglesia subterránea, nos fué dado ver, besar y levantar con nuestras manos, una de aquellas piedras homicidas, que los paganos colgaban en el

cuello ó en los piés de nuestros padres, según que los precipitaban á las olas, ó según que los suspendían de los árboles. Nos pareció que pesaba como cuarenta libras, contando también el anillo de fierro que la penetra.

23 DE DICIEMBRE.

Tiendas de Navidad.—El Vaticano.—Biblioteca.—Libro de Enrique VIII.—Museo Cristiano.—Inscripciones.—Museos paganos.—El Laoconte.—Historia de esta estatua.—Cartones de Rafael.—Habitaciones y Cámaras de Rafael.—Galerías.—La Transfiguración.—Historia de esta obra maestra.—Las artes y el papado.

Algunos benévolos amigos habían formado el complot de llevarnos, sin saberlo nosotros, al palacio del Vaticano, para que visitásemos la famosa biblioteca. So pretexto de no sé qué paseo, nos dejamos cojer en la red, y á las diez salíamos de la plaza de Minerva en número de ocho personas. Se nos hizo atravesar en zigzag los diferentes cuarteles que nos separaban del Tiber; esta era una nueva conspiración; pero ¿cómo quejarnos, cuando teníamos el gusto de pasar entre dos filas de encantadoras tiendas, preparadas para las *buenas fiestas*? Estos almacenes improvisados, en los cuales se encontraba el conjunto más variado de lo que puede alhagar el gusto y la vista, estaban situados en un pueblo de compradores de siete á diez años. Los pequeños pesebres era lo que les llamaba la atención y les provocaban ardientes deseos de tenerlos. Esto es porque en Roma el *presepio*, pesebre, ocupa todos los pensamientos y se encuentra en todas las casas. Durante el Adviento y las fiestas de Navidad, se reúnen dos ó tres generaciones á rezar y á conversar al rededor de la cuna, artísticamente adornada y ricamente iluminada del niño de Bethlem. La Na-

vidad es para el pueblo romano, más que para cualquiera otro, una fiesta capital, una fiesta de familia. Así, en la ciudad cristiana no es el buen año el que se desea, sino la buena fiesta. El *capo d'anno* [cabo de año], no es nada, Navidad es todo. ¿No es, en efecto, muy lógico escojer para asociarse, reunirse y expresarse los mutuos deseos, el aniversario del acontecimiento más social, y por consiguiente más feliz que se haya marcado en los anales del mundo?

Me ocupaba de estos pensamientos, cuando llegamos al Vaticano. ¡Salud, morada augusta del vicario de Jesucristo! ¡Salud, palacio inmenso de donde salen los oráculos que arreglan la fe de la humanidad! ¡Salud, edificio magnífico, que por un glorioso privilegio, debes tu existencia al genio de los más famosos arquitectos de los tiempos modernos! Bramante, Rafael, Pirro, Ligorio, Fontana, Maderno, Bernini, vuestros nombres inmortales, brillan en las bóvedas, en las galerías, en los pórticos, en los muros de ese monumento digno de vosotros y digno del soberano que lo habita. Como edificado en diferentes épocas, el Vaticano es más bien una reunión de palacios, que un palacio único. Tiene 180 toesas de largo sobre 120 de ancho. No pudiendo visitar en un solo día aquel mundo de maravillas, limitamos nuestro estudio á las partes avanzadas que rodean la capilla Sixtina y Paulina, así como los departamentos íntimos del padre común de los cristianos, á quien se le puede llamar también el padre de las ciencias y de las artes. Nuestra primera estación fué la biblioteca. La gran sala que forma su principal cuerpo tiene 216 piés de largo, 48 de ancho y 28 de alto. Esta sala, está dividida en dos naves por siete pilastras. Todo aquello que puede satisfacer al espíritu y á los sentidos, se encuentra reunido allí, con perfecto gusto. El mármol, las pin-

turas, los dorados, brillan sobre vuestras cabezas y bajo vuestros piés. Al rededor de las pilastras y de las paredes, están dispuestos los armarios que encierran los manuscritos. Sobre estos armarios se ha colocado una parte de la gran colección de jarras italo-grecas, del Vaticano. En el espacio de pared que sigue por una parte de los armarios hasta la bóveda, está pintada al fresco, la historia universal del espíritu humano, es decir, la historia de las bibliotecas y de los libros, desde Adán hasta los tiempos modernos; y por otra, la historia completa del espíritu cristiano, es decir, la historia de todos los concilios generales con los principales acontecimientos eclesiásticos, desde Jesucristo hasta Leon XII.

La biblioteca vaticana, excede á todas las demas bibliotecas de Italia, y tal vez del mundo, en el número de los manuscritos griegos, latinos, italianos y orientales, y cuenta de ellos veinticuatro ó veinticinco mil. Se nos enseñó una biblia hebraica en vitela, con iluminaciones, la más magnífica sin disputa que haya existido jamás. Vimos también un Virgilio del siglo V, y un Ciceron de la misma época. Pero lo que interesa vivamente, es el famoso libro de Enrique VIII rey de Inglaterra, contra Lutero. ¹ Al fin de la obra, se leen estas palabras, *Anglorum Rea, Henricus, Leoni decimo mittit hoc opus ad fidei testem et amicitiam, Henricus*. Enrique rey de Inglaterra, ofrece á Leon X esta obra en testimonio de su fe y de su amistad. Enrique." Toda la frase es de Enrique VIII, cuyo carácter y cuyo corazón parecen revelarse en su

¹ Hé aquí su título. *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ et Franciæ rege et domine Hyberniæ. Henrico ejus nomine octavo; apud inclitam urbem Loddinam in ædibus Pinsonianis 1521, 4 idus Julii, cum privilegio á rege indulto.*

carácter de letra, largo, brusco, irregular y enredado. Como quiera que sea, *Assertio* valió al real apologista, el título de *Defensor de la fe*, que le confirió Leon X. ¿Podría creerse que los sucesores prototantes del príncipe cismático, conservan todavía grabada en sus monedas esta gloriosa denominación? Pues bien, si alguna vez cae á vuestras manos una guinea británica, vereis en ella, después de los nombres y títulos del soberano, estas dos letras: F. D., *defensor de la fe*.

Al lado de esta obra vimos otra muy diferente del mismo autor. En el mismo cartón se conservan las cartas autógrafas que el príncipe libertino escribía á Ana Bolena. Véase cuán cierto es que la incredulidad es una planta que echa raíz en el fango, ó como decía el espiritual obispo de Amiens, que *el corazón es el que perjudica á la cabeza*.

De la biblioteca se sube á dos galerías paralelas que forman juntas una longitud de cien pasos, y contienen también manuscritos y libros. En el cuarto salón de la galería, á la izquierda, está el museo sagrado. Esta colección de antigüedades cristianas inspira un grande interés y produce una viva impresión. Allí se conservan, entre otros objetos, peines y uñas de fierro de que se servían los verdugos para desgarrar á los mártires. En presencia de aquellos instrumentos espantosos, se mira que es fácil creer en una religión, cuyos testigos han desafiado semejantes suplicios. Del espanto se pasa á la ternura, cuando se ven allí cerca los pobres utensilios de los primeros fieles; sus cálices de nácar y de vidrio; las cucharas y los tubos con que nuestros padres bebían la sangre que hizo á los mártires. Los crucifijos hallados en las catacumbas, y las pinturas de todas edades, llaman sucesivamente la atención del artista y del cristiano. Entre